

## Hoces del Duratón y Sepúlveda (Segovia)

Nuestra ruta comienza poco antes de llegar a Sepúlveda, a unos tres kilómetros, cuando debemos desviarnos hacia la localidad de Duratón. Esta minúscula aldea, alberga, a unos 500 metros a la derecha, nada más entrar, una de las joyas más extraordinarias del arte románico en toda la provincia de Segovia. Se trata de la iglesia de la Asunción de María. Para conocer su interior debemos pedir las llaves en el pueblo (ver *Información Práctica*). Enclavada en medio del campo, lo primero que llama la atención es su galería porticada, con todos sus capiteles decorados con una exquisitez absoluta. No debemos dejar sin identificar aquel que muestra el Nacimiento de Cristo, la adoración de los Magos, y muchos otros repletos de animales fantásticos. En la portada de acceso al templo podemos admirar otros muchos relieves, como el que muestra a una sirena o en el que aparece un centauro. Ambos animales simbolizaban las pasiones desinhibidas que pueden arrastrar al hombre al pecado. El interior de la iglesia se nos presenta con una armonía difícil de describir, especialmente en la cabecera, con una iluminación sorprendente. Destacan en los arcos del ábside los relieves de Sansón entre los leones y los del profeta Daniel, muy evidentes gracias también a su magnífico estado de conservación. Es una iglesia que todavía hoy esconde a los investigadores algunos misterios, puesto que en sus alrededores se ha localizado una necrópolis de origen visigótico y algunos restos de un posible templo romano.

Continuamos nuestro camino y llegamos hasta la localidad de Sepúlveda, "la ciudad de las siete puertas" llamada así por estar totalmente cercado salvo en los siete puntos mencionados. Algunas de estas entradas aún conservan su aspecto medieval. La mejor vista se obtiene desde la carretera que viene de Castilnovo, pero lo cierto es que desde cualquier punto, la villa ofrece una estampa formidable, desparramada por las laderas fluviales del río Duratón, que aquí comienza a quebrar la piedra para sumergirse en el fondo de su cauce. Su recorrido es perfectamente visible por la vegetación de ribera que lo acompaña, auténtico vergel en la dura aridez mesetaria. El pueblo no es excesivamente grande, tendrá unos 1500 habitantes, pero como podremos comprobar vive (y mucho) del turismo y de la hostelería. Lo primero que debemos hacer es dejar el coche en los aparcamientos públicos que nos van indicado según entramos, evitando aparcar en la plaza mayor e inmediaciones, nudo de calles estrechas de extrema aglomeración en algunas épocas. Ya a pie, nos acercamos hasta la mencionada plaza, presidida por los restos de su castillo, herencia del conde Fernán González, y de su Ayuntamiento. En la oficina de turismo podremos iniciar una visita guiada, si pretendemos dedicar la jornada a admirar el valor cultural y artístico de la zona; en el itinerario que nos proponen visitaremos algunas iglesias que suelen permanecer cerradas, y nos explicaran la historia de la villa y la importancia de algunos de sus palacios, como el del moro o la casa de las conchas. Atravesaremos el arco de la villa, o la puerta del Ecce-Homo, así llamada por encontrarse una figura de Cristo encadenado encima de su dintel. Conoceremos los restos de la judería y del barrio árabe, y algunos interesantes palacios, como el de los Monos. De los templos a visitar, los mejores ejemplos del románico se sitúan en dos lugares estratégicos. La iglesia de El Salvador, en el punto más alto del pueblo, goza de una privilegiada posición y una planta de mucho empaque. Su estructura recuerda mucho a la iglesia de San Miguel de San Esteban de Gormaz, y data del

siglo XI. Un siglo después se construyó el santuario de la Virgen de la Peña, en un extremo de la villa que se asoma ya al cañón del río, y desde el que se goza de una magnífica vista. Este santuario ofrece mejores ejemplos de escultura románica, especialmente en su portada principal presidida por un Pantocrátor muy propio de las iglesias situadas mucho más al norte, con la colección de 24 ancianos rodeando al Tetramorfos (símbolos de los evangelistas). El nombre de este santuario, nos está recordando la importancia del paisaje cárstico en la formación de los cultos de la villa, porque la Peña a la que se refiere son las cuevas que se abren en el paisaje y que son visibles en muchos puntos, aunque inaccesibles en su mayoría.

Otras iglesias dignas de interés son la de San Bartolomé, al sur de la plaza, y la de Santiago, que hoy se ha convertido en el centro de interpretación de las Hoces del Duratón, en una función que no ha destruido el patrimonio arqueológico del templo. No debemos perdernos su exposición permanente, construida en parte sobre una necrópolis del siglo XII excavada en la roca, y protegida por metacrilato del trasiego de los visitantes. Es un digno ejemplo de integración de naturaleza y arte para la protección de ambos medios. Desde el centro de interpretación nos ofrecen dos posibilidades principales. La primera es contratar con una empresa especializada los servicios de unas piragüas para recorrer el tramo inundado del río que atraviesas las hoces. Esta es una opción fantástica, principalmente porque se recorren parajes imposibles de visitar a pie o en coche, y genera una sensación de enfrentarse a una naturaleza en estado salvaje, inesperado en un paraje tan conocido como este. Resulta accesible para cualquier persona, porque las aguas siempre son calmas y mansas, y no requiere una forma física exigente. Si optamos por esta iniciativa debemos reservar una mañana entera para este fin, porque la ruta puede llevarnos alrededor de tres horas completarla, si no queremos hacerla con prisas. Dentro de los lugares que podemos ver desde la piragua destaca sin ninguna duda el Monasterio de la Hoz, ubicado al borde de una península que cierra una de las hoces, y vive entre sus ruinas el recuerdo del derrumbe de su techumbre que salvo, por causa de puro milagro, a toda la comunidad de monjes de una muerte segura. Al monasterio solamente se puede llegar a través del cauce, lo que genera una sensación especial de soledad y recogimiento.

Otra opción, para los menos amigos al agua y a los flotadores, es recorrer parte de las hoces que rodean la villa a través de la llamada Senda de los Dos Ríos. Es un camino que parte del mismo centro de interpretación, dura aproximadamente una hora y media, y recorre el fondo de las hoces en los alrededores de Sepúlveda. Es sin duda una de las mejores opciones para conocer, en un agradable paseo, el ecosistema de ribera del cañón, verdaderamente espectacular en otoño al teñirse de rojos y amarillos en las choperas y alerces que crecen en el cauce. Es una sensación impresionante, parece como si realmente esta estación utilizara únicamente el desfiladero para hacer su aparición por estas yermas tierras, y se concentrara en apenas unos metros a cada lado del río. El camino recorre fundamentalmente las orillas del Duratón, cambiando de una orilla a la otra en varias ocasiones, y casi al final se arrima a uno de sus afluentes, el Casilla, que se une con aquel cerca de Sepúlveda. En el folleto que nos dan en el Centro de interpretación nos incluye un croquis con el itinerario del paseo, por lo que no es necesario seguir ninguna clase de mapa adicional. Especialmente recomendables para hacer fotografías es el puente de la fábrica de la luz, que se cruza al poco de

iniciar la ruta, y la pasarela de madera que en un estrechamiento del roquedo sobre el río, nos permite elevarnos ligeramente frente al asombroso bosque de galería. Es difícil imaginar, en un día soleado, un paisaje más sugerente para ilustrar los colores de la otoñada.

La ruta es circular, por lo que más tarde o más temprano (en función de nuestro ritmo), regresaremos a la villa de Sepúlveda por una empinada cuesta que nos lleva al punto de partida. Si lo deseamos podemos recuperar fuerzas en algunos de los muchos asadores de la zona, aunque también tenemos la opción de comer en el campo si el tiempo acompaña. De ser así, lo mejor es dirigirnos con el coche hasta el puente de Villaseca, a unos diez kilómetros de Sepúlveda, camino de la ermita de San Frutos. El Puente de Villaseca es el único paso asfaltado del río Duratón en el tramo del Parque Natural; la pista aprovecha una rebaja en las alturas de los acantilados para alcanzar la ribera junto a un bosque de galería lleno de agradables praderas. Además hay un pequeño chiringuito en el que comprar bocadillos o disfrutar de una auténtica comida campera, muy recomendable. Desde aquí, hemos de continuar hasta la pequeña localidad de Villaseca y tomar un desvío a mano izquierda bien señalizada, que nos lleva por una pista de tierra hasta la ermita de San Frutos, lugar de romería y devoción de toda la comarca. El tramo de pista se prolonga durante unos cinco kilómetros, en buen estado generalmente, hasta llegar a un gran aparcamiento protegido por empalizadas donde nos vemos obligados a dejar nuestro vehículo. Lo cierto es que es un lugar con suficiente trasiego de turistas como para que las autoridades se hubiesen encargado (hace ya tiempo) de asfaltar este tramo.

Proseguiremos a pie durante más o menos un kilómetro por la pista, traspasando la valla que impide el paso de los coches, hasta la misma ermita, visible casi desde el parking. El espectáculo es sobrecogedor, el templo se alza sobre una península asomada al río y con un cortado de unos 100 metros de caída. La ermita es de origen románico, y albergó en el medievo a una comunidad de monjes venida desde el Monasterio de Silos, en Burgos. Hoy se puede admirar la iglesia, en buen estado de conservación y algunas de las ruinosas dependencias de lo que fue el cenobio (la iglesia suele permanecer cerrada la mayor parte del año). En el fondo, la vegetación de ribera que acompaña al Duratón hasta el puente de Villaseca, ha sido sustituida por el ensanche del cauce, inundándolo por completo, al estar próximo el embalse de Burgomillodo. Esto es lo que ha permitido que esta parte del cauce sólo se pueda visitar en piragua. De hecho, solamente existen dos vías de acercamiento a pie sobre esta parte del Parque, una la ya comentada de San Frutos, y otra mucho menos conocida, en una pista asfaltada que parte de Sebulcor, al sur, y que nos permite asomarnos, en un ligero paseo hasta los cortados del Monasterio de la Hoz. Desde estas soledades, es muy fácil avistar el majestuoso vuelo de los cada vez más abundantes, buitres leonados, que encuentran en este hábitat, su escenario vital perfecto.

Sepúlveda: la mayor parte de las iglesias, excepto el santuario de la Virgen de la Peña sólo se pueden ver desde la oficina de turismo, en visita guiada. Las salidas tienen lugar a las 10:30 y 12:30 por la mañana, y a las 16:00 y 17:00 horas por las tardes. Son muy recomendables, porque nos permiten descubrir rincones ocultos de la localidad, que esconde muchas más sorpresas de las aparentes. La visita

guiada se prolonga por espacio de 1 hora y media aproximadamente. Es recomendable llamar antes al Tlf . 921 540 237 para asegurarnos de que se realizan estas visitas en jornada laborable o están a expensas del número de turistas participantes. La virgen de la Peña suele permanecer abierta buena parte del día.

El centro de interpretación del Parque Natural de las Hoces del Duratón permanece abierto de 10:00 a 14:00 horas y de 17:00 a 19:00 horas, en la antigua iglesia de Santiago. Es de visita obligada antes de conocer el parque, y en él nos podrán informar de todas las posibilidades.